

# La Argentina ofrece nuevas pruebas de las relaciones precolombianas con los antiguos habitantes de la Polinesia

POR EL

**Dr. Agustín E. Larrauri**

(Profesor en la Universidad Nacional de Córdoba)

Conferencia pronunciada en el Salón de Grados el día 24 de Agosto de 1934.

Señor Rector, Señor Presidente de la Sociedad Científica Argentina, Señoras, Señores:

Cúmpleme ante todo agradecer la presencia del Señor Rector en este acto de la Sociedad Científica Argentina.

Empeñado nuestro activo Presidente en dar vida a la Sección Cordobesa de la prestigiosa Sociedad con sede en Buenos Aires la hizo surgir con su reconocida capacidad de luchador donde debía surgir un nuevo Centro de Altos Estudios dentro de la Universidad, desmintiendo con ello el concepto de rígido anquilosamiento que se tiene formado en la mente popular de la mayoría de los institutos docentes superiores y para que ello fuera posible ha sido necesario la buena voluntad de las autoridades universitarias, y cúmpleme como miembro modesto de la nueva Institución señalar el apoyo franco prestado por el Señor Rector de la que es prueba la marcada distinción de ceder para esta conferencia el venerable Salón de Grados donde hicieron oír su palabra autorizada tantos hombres ilustres en las varias actividades del pensamiento. Con la prosecución regular de sus actividades la Sociedad Científica Argentina, Sección Córdoba probará de que el medio no es inhospitalario y estéril. A sus miembros corresponde poner a contribución sus energías para demostrar que en esta ciudad ha llegado la hora de la ma-

durez para los estudios desinteresados de la ciencia pura, que es en verdad la más práctica, porque como he dicho en otra oportunidad, es la única que alumbrá todos los caminos sin dejarnos a oscuras en ninguna enercujada.

Por esor hoy, yo, viejo soñador del porvenir, que he tenido y tengo en mi vida el lema que el pasado no existe euando ese pasado, sea por gravitación material o moral puede disminuir las escasas fuerzas para proyectarnos hacia el futuro suprema meta de la vida, voy a escudriñar en aparente contradicción el pasado humano, un pequeño punto si se quiere de nuestros oscuros orígenes; porque en ese pasado está el cimiento incommovible de su progresivo devenir. Por eso hoy hemos de ocupar la atención del auditorio con asuntos que son en mí viejos amores de adolescente, que el tiempo y las preocupaciones no han podido marchitar. Por eso hoy trataremos del tema: **“La Argentina ofrece nuevas pruebas de las relaciones precolombianas con los antiguos habitantes de la Polinesia”**.

No queremos entrar a discutir el problema tan debatido del origen del hombre americano. Queremos solamente hacer conocer algunos descubrimientos que hemos tenido la suerte de realizar en un breve paseo arqueológico en la Provincia de San Luis y en las Sierras de Córdoba que nos dan en cierto modo la certidumbre de las relaciones que hemos señalado en el título.

Durante mi breve estada en el mes de Julio de 1915 en la ciudad de San Luis, tuve noticia del hallazgo en el Departamento Belgrano de un entierro de urnas en el lugar llamado “Represa del Carmen”. Hice el viaje a la Sierra del Gigante, unas diecisiete leguas al oeste de la ciudad, a la estancia “San Agustín”, Departamento Belgrano, y tomándola como centro de operacionens emprendí una serie de excursionnes con fines de estudio, una de esta fué destinada a visitar el supuesto entierro de urnas de la Represa del Carmen. Lugar situado a unas cinco leguas al Sud de la estancia y a unas tres leguas al Sud del extremo meridional de las Sierras del Gigante, en su misma dirección a unas diez leguas del río Desaguadero y un poco más de distancia de las lagunas de Huanacache, cerca del almacén de Salomón Reta.

Era éste un paisano con excelentes cualidades de observador y gran conocedor de aquellos lugares solitarios, conocedor de todas las tradiciones, o diceses a propósito de cosas curiosas. Me fué un buen auxiliar; fué él quien descubrió el **entierro**, pues muchas veces se dedica a recorrer las barrancas o los campos con el fin de procurarse curiosidades naturales. A pocas cuadras de su casa está el citado **entierro**. El terreno está poblado por escasos árboles y arbustos. El lugar donde está el grupo principal de fogones ha tomado naturalmente una disposición en óvalo. La denudación de las aguas ha hecho descender el nivel del suelo por dentro quedando exteriormente un levantamiento de tierra de un metro y cincuenta, más o menos, sobre el nivel general del terreno, merced al resguardo que hacen los arbolillos así dispuestos. Las aguas corren hacia el Oeste saliendo por una discontinuidad del albardón que circunda la depresión central. La acción erosiva de las aguas ha descubierto ese grupo de nueve fogones. Vistos en su sitio aparecen como las bocas de grandes tinajas o urnas enterradas, como círculos rojos de una tierra quemada como el ladrillo ordinario. Por dentro y por fuera del círculo todo es tierra rojiza como el limo pampeano.

Iniciados los trabajos para desenterrar unas de las **supuestas urnas** empezando por quitarle la tierra que llenaba, comprobamos que a veinte centímetros de profundidad había carbón y ceniza hasta otros veinte centímetros más que daba la profundidad del recipiente. No había duda que aquello era un fogón, un viejo fogón prehistórico que dió su calor a los remotos habitantes de la América.

En un espacio de veintinueve metros por eatorce afloraban a la superficie nueve fogones. Los diámetros variaban de cuarenta a noventa centímetros con la particularidad de tener el mayor diámetro el que ocupaba la posición central del plano.

Pensé entonces que esto pudiera tener un significado especial. No vaciamos sino tres. En ninguno de ellos encontramos huesos. Los carbones eran de maderas blandas y delgadas. La tierra que lo llenaba era tierra roja, löess pampeano y estaban en el löess. Todo indicaba que habían sido preparados antes de haberse encendido el fuego; los tres tenían forma abovedada. La pa-

red era delgada arriba e iba engrosando a medida que se acercaba al fondo. La consistencia de las paredes permitiría sacarlos íntegramente sino fuera que las dificultades del transporte en aquellos caminos malograría ese trabajo. Encontré arriba, descubierto por la denudación de las aguas, piedras que acusan un trabajo intencional aún más primitivo que los eolitos de Europa, pero algo más que las piedras hendidas de Ameghino de cuya industria tengo buenos ejemplares recogidos en las Jaderas del Cerro de Montevideo. Hay formas que indudablemente se podrían referir a flechas, otras láminas a cuchillos. Hay una que parece un rascador clásico y otras piezas de forma amigdalóidea como las hachas chellenses.

Hemos señalado la proximidad de las lagunas de Huana-cache del lugar y acaso los habitantes de las lagunas se extendían hasta este sitio. Según Eric Bomán toda la llanura preandina hasta las sierras de Córdoba era habitada por los huarpes. En verdad que la literatura sobre los habitantes pre-colombianos de esta región es escasa. Podemos recordar a Larrain en su obra "El País de Cuyo"; Velazquez en su geografía de San Luis y Gez en la Historia de la provincia de San Luis quien dice que los primitivos habitantes del territorio puntano fueron los Comechingones o moradores de las cavernas y los Michilingues, pobladores de los valles.

Según el padre Lozano, los Comechingones parecían hombres únicamente en la figura, quedando en ellos tan deforme el ser racional que en todo se asemejaban a las fieras. Vivían en cuevas en el más completo aislamiento, sin principios de sociabilidad, sin sujeción a ningún jefe y haciéndose la guerra entre ellos. Pocos conocimientos positivos tenemos sobre estos pobladores de las sierras de San Luis y es posible que un cuadro tan sombrío no corresponda a la realidad; pues la abundancia de las conanas que hay en las sierras, acusa prácticas agrícolas que son características de pueblos apacibles y trabajadores.

Los otros pobladores de los valles y llanos son los Michilingues, la rama de la gran familia de los Diaguitas que ocupaban, dice Gez, el valle de Concarán y se extendían por el sudeste hasta el valle longitudinal del Chorrillo y falda occidental de la Sie-

rra puntana. Estas tribus revelaban poseer una cultura muy superior a la de los Comechingones y según Ameghino debieron establecerse en la región puntana en la época de la conquista incásica.

Franz Kühn considera el valle de Calingasta como el extremo sur de los dominios diaguitas; este campamento estaría fuera de su jurisdicción, pero bien sabemos cuán inciertos son los límites geográficos de los pueblos primitivos, más o menos, nómades, así que bien pudo esta zona estar ocupada alguna vez por tribus de esa nacionalidad, los Michilingues acaso, como dice Gez. Pero en un lugar donde la investigación aún no se ha iniciado, nada podría asegurarse en concreto porque bien puede haber civilizaciones superpuestas. La antigüedad del hombre en América, comprobada por numerosísimos datos, nos autoriza a suponerlo así. Los elementos que poseemos de esta región nos permiten casi asegurar que los pobladores del campamento pre-histórico de "Represa del Carmen", son anteriores a los que encontraron los conquistadores, Michilingues o Diaguitas. Tengo de la región piedras trabajadas cuidadosamente, encontradas en la superficie: hachas, flechas, puntas de lanzas que pueden figurar entre las piezas mejor concluidas de la industria lítica, mientras que las piezas del campamento pre-histórico de "Represa del Carmen", son de las más rudimentarias, del tipo eolítico y paleolítico.

El hecho de que la erosión de las aguas pluviales en un lugar de escasas lluvias, como es la vecindad del Río Desaguadero entre Mendoza y San Luis, haya eliminado una capa de tierra de más de un metro para poner a descubierto los fogones, abona la antigüedad de este paradero.

La vecindad de los restos de un armadillo fósil que he visto hace varios años cuando fueron recogidos por el Dr. Julio A. López, y cuya especie no hemos determinado por haberse perdido todos, es otra presunción de antigüedad.

Las flechas y puntas de lanza bien trabajadas a que me he referido anteriormente, fueron encontradas a pocos metros del lugar de los fogones, pero encima de la barranca de los Gliptodontes. La coraza del Gliptodonte estaba sola, con la porción

ventral hacia abajo más o menos a un metro debajo del nivel de la barranca. ¿Quién dice que no fué un refugio o habitación de los hombres de aquella época como las que encontrara Ameghino a orillas del Río Luján? Había en la barranca otras piedras en absoluto semejantes a las del campamento próximo pero completamente diferentes a las flechas y piedras trabajadas de la superficie. Estos fogones cavados en la tierra difieren de los fogones diaguítas encontrados por Eric Bonian en el Pucará de los Sauces construídos sobre un círculo de piedra con el fin de hacerlos permanentes. En el "Bajo del medio", Provincia de San Luis, a ocho o diez kilómetros de la "Represa del Carmen", se encontraron fogones de este tipo.

Los fogones excavados indican una larga permanencia de la población lo que, a su vez, es una seguridad de que ha habido agua cercana, hoy escasísima en aquellas travesías que son verdaderos desiertos, en donde sólo la hay en las represas.

Juan W. Gez encontró en el lecho de "Cañada Honda" un maray, piedra de uno cincuenta de alto por ochenta centímetros de base destinado a moler minerales así como los indicios de explotaciones pre-hispánicas de minas, hechos que revelan un adelanto industrial análogo a las regiones del Norte de la República. Se mencionan los restos de tomas de acequias para irrigación como obras de la misma época. La obra de Gez trae una casa de piedra como vivienda de los comechingones. La puerta está cerrada por arriba por cinco piedras dispuestas en arco habiendo una media que desempeña el papel de clave revelando conocimientos arquitectónicos bastante adelantados. Igualmente se mencionan los restos de alfarería lisa y con ornatos, vasos de piedras de ornamentación complicada, morteros cavados en la roca.

La "Represa del Carmen" está situada en la línea de dirección meridional de la Sierra del Gigante al término de sus últimas elevaciones.

Esta sierra que se continúa hacia el Norte con la Sierra de las Quijadas es mal conocida bajo el punto de visto geológico y mineralógico. Consta de dos partes bien diferentes en su aspecto general: una Norte y Occidental y otra Este y Meridional.

La parte Norte culmina en el "Nevado del Gigante" de 1040 metros de altura; es granítica de rocas arcaicas todas en las que abundan esquistos micáceos, presentando hacia el extremo Norte por sus laderas Orientales, abundancia de rocas calcáreas explotadas en parte.

Los contrafuertes Orientales prolongan con su aspecto rojizo y estructura particular la cadena principal hacia el Sud. Son rocas más recientes de evidente origen sedimentario como las de Ongamira, como las arenizas rojas de Saldán y como muchas partes de las Sierras de los Cóndores. La sierra del Gigante presenta una parte de poca elevación al noroeste del "Mogote". Puede decirse que esa parte poco elevada marca el límite de dos cadenas muy distintas geológicamente: la Sierra del Mogote y la Sierra del Gigante propiamente dicha. Esto debe su nombre a un accidente de la primera. El Mogote verdadero monumento natural visible a más de quince leguas de distancia, que desde el Sud presenta una forma de perfil humano muy perfecto, como una gigantesca esfinge. Hasta hace poco se asignaba a las formaciones análogas de Los Cóndores, las areniscas de Saldán y los estratos de Paganzo en la Rioja, una edad permotriásica. Las últimas investigaciones del Dr. Franco Pastore en las areniscas de Sampacho le asignan una edad pérmica. En ninguna de ellas se han encontrados restos fósiles que permitan en verdad, hacer una determinación paleontológica. Los conglomerados de Ongamira, de Saldán, de Los Cóndores y del Gigante, los hemos explorado repetidas veces con ese propósito y nunca hemos tenido la suerte de encontrar vestigios de restos orgánicos fósiles. La región de Cuyo, físicamente, es una parte de la región entre los límites norte y sur de San Juan y Mendoza, respectivamente y una parte de la llanura pampeana, las llanuras orientales de estas dos provincias y de San Luis. Políticamente considerada la región de Cuyo comprende las provincias de San Juan, Mendoza y San Luis.

La provincia de San Juan ha sido objeto de numerosas investigaciones arqueológicas acaso por haber tenido un inteligente aficionados a estos estudios, el señor Desiderio Segundo Aguiar. En general, la región andina ha merecido preocupaciones de los

estudiosos mientras que la provincia de San Luis ha sido incidentalmente mencionada por los autores hasta hace pocos años. Sin embargo podría asegurarse por los descubrimientos realizados personalmente y por las noticias recogidas allí que muchas luces pueden dar sobre el pasado de nuestro país. Conocidos de todos es la cueva de Intihuasi situada en la sierra de este nombre, con pinturas en sus paredes algunas de las cuales reproduce Ameghino e interpreta a su modo. Hoy se interpretan como mapas celestes de la zona de Orión a mediados de Diciembre. Aparecen: Orión, el Toro, las Pléyades, Sirio y Proción, “el cuadro celeste de mayores maravillas”, dice Ricci en su situación relativa. Conocidas también son las construcciones de pircas que los habitantes de la sierra de San Luis designan con el nombre de “corrales”. Estas construcciones son de piedras superpuestas, sin unión por cemento alguno, como otras conocidas en San Juan, La Rioja y otras provincias argentinas. Algunas sirvieron como viviendas y otras fueron acaso fortalezas. Se atribuyen estas construcciones a los Comechingones.

**Superposición de pobladores.** — La suposición de que los moradores del paradero o campamento pre-histórico de la “Represa del Carmen” eran anteriores a los habitantes de esas regiones en la época de la conquista, está apoyada por el yacimiento enclavado en pleno pampeano por debajo del nivel actual de los terrenos modernos; por la vecindad inmediata de la coraza de los armadillos fósiles hallada en la barranca conocida, por la industria lítica primitiva comparable a los eolitos terciarios de Europa o a los paleolitos más antiguos del cuaternario. Por el parecido de las piezas halladas en la barranca donde estaba la coraza del gravígrado fósil, acaso del género *Gliptodon*, por el vago recuerdo que conservo, por haber visto unos fragmentos de la pieza en cuestión antes del descubrimiento de la “Represa del Carmen”; porque en el mismo paraje, en las vecindades de ese campamento, fueron encontradas las flechas y puntas de lanzas magníficamente trabajadas tanto como algunos ejemplares del Perú o como los ejemplares mejor terminados de la edad de la piedra de Europa; las piezas de ornato; la primera posiblemente un tembetá de piedra. Es una pieza muy bien pulida, de



ágata ligeramente tronco cónico. La otra es una pieza elipsóidea que pudiera tomarse por un rodado y que acaso lo fué antes de habersele dado el papel ornamental que posiblemente ha desempeñado. Está bien pulida y deja ver detalles de su estructura que llaman francamente la atención. Sobre un fondo oscuro se destacan una serie de círculos blancos.

De los mismos parajes son las hachas ceremoniales o de combate análogas a otras conocidas del Norte y Oeste argentino, bien trabajadas como la flecha y punta de lanza, vestigios industriales de una cultura mayor que la que revelan las piedras trabajadas que se encuentran junto a los fogones, cultura mayor, muy posterior a los paraderos de la "Represa del Carmen".

Es verdad que la roca con que están hechos estos eolitos del campamento pre-histórico de "Represa del Carmen" están, en general, sin mayor alteración y algunos no presentan ninguna visible, como podría suceder si su antigüedad fuera considerable; pero esto puede ser debido a las condiciones del lugar, terreno arcilloso, impermeable por consiguiente y que protege a las piezas que recubre contra la acción del agua y del ácido carbónico diluída en la misma.

Por lo demás las piezas encontradas por Carlos Ameghino junto a los huesos de *Toxodon*, en Chapalmalal, Provincia de Buenos Aires, sobre la costa del Atlántico está sin señales de alteración.

Poseo una colección de piedras rodadas del Cerro de Montevideo con visibles muestras de trabajo intencional análogas en todo a las que Ameghino descubriera en Mar del Plata, y describiera como una nueva industria lítica, la industria de la piedra hendida, que consideraba razonablemente como un período industrial más primitivo que el eolito de Europa, sin muestras visibles de alteración, sin la patina venerable de los Siglos.

La superposición de pueblos en América es un fenómeno natural, correlativo con la remota antigüedad hoy ya indiscutida de la existencia del hombre en el continente. Así vemos que Florentino Ameghino en la antigüedad del hombre en el Plata, atribuía a las urnas de Loma Rica y otras halladas en el Oeste argentino, a un pueblo que había desaparecido al tiempo de la conquista.

Debenedetti dió a conocer las sospechas de que Calingasta, como expresión arqueológica, marca un momento muy antiguo, dentro de las etapas más o menos definidas del desarrollo de la cultura de los valles preandinos de San Juan, tal como si fuera muy anterior a la conquista en su origen o más primitivos en su cultura.

Posteriormente a esa oportunidad, a cuyos resultados no les hemos dado la publicidad que el interés del asunto requiere y sólo nos ha servido para hacer una pequeña comunicación a la extinguida Sociedad de Ciencias Naturales de Córdoba, aparecieron los trabajos de Rivet en los que por otros motivos y con gran acopio de datos antropológicos lingüísticos y etnográficos, se confirman las relaciones de América con las tierras del Océano Pacífico.

Después de tantos años el aporte que nosotros hacemos no hace otra cosa que agregar una prueba más a la verdad de las afirmaciones de Rivet, sabiamente corroboradas por Imbelloni sobre la contribución de pobladores oceánicos, polinesio, malayos, australianos a la formación del hombre americano que hallaron los conquistadores europeos.

Actualmente resulta de muy difícil explicación por la enorme distancia de las islas del Pacífico haber llegado navegando a las costas occidentales de América del Sud, haber penetrado o poblado parte de estas tierras y haber llegado en forma indudable hasta las sierras del sistema orográfico central donde han dejado su huella. Acaso en épocas remotas esas dificultades no hayan existido por más que estas afirmaciones no tengan en este momento las pruebas que serían de desear para hacerlas. No es menos cierto que los pobladores de la actual provincia de San Luis y de la actual provincia de Córdoba han tenido algunos usos y costumbres que sólo encontramos en las remotas islas oceánicas de Pascua y de Tahiti. Y que esa comprobación de usos tan particulares en puntos tan lejanos tienen un verdadero valor probatorio de relaciones entre esas distantes regiones.

La Isla de Pascua situada en los 27° 10' latitud Sur y 111° 46' longitud Oeste pertenece a Chile desde 1888. Su nombre indígena es Rapa Nui que quiere decir Isla Grande, nombre por demás sugestivo cuando hoy es un islote de 118 kilómetros cua-

drados de superficie, reducida en la actualidad a una montaña de tres picos que emerge de las aguas, de forma triangular con un volcán en cada vértice; en el vértice del Norte el "Rano Aroi"; en el Sudeste el "Rano Racao" y en el Sudoeste el tercer volcán "Rano Cau". Fué descubierto en 1722 por el almirante holandés Roggeven, fué visitada y descrita en parte por el marino inglés Cooke en 1774. Esta isla está a más de 3700 kilómetros de la costa de Chile y los habitantes de la misma formaban una colonia muy poco numerosa y con medios de transporte reducidos, canoas insignificantes o piraguas, presenta los restos de una civilización extinguida que ha dejado numerosos monumentos de piedra consistentes en estatuas colosales o "moai" en número de 460 del tipo o la magnitud y aún mucho más grande de las que actualmente se descubren en la Metrópoli prehistórica de Tiahuanaco en el Altiplano boliviano, en cantidad tal que no se puede ni remotamente sospechar que hayan sido construídas por los pocos cientos de habitantes que aquellos viajeros encontraron en ella. A lo sumo los calcularon en dos mil cuando la han visto con mayor población. Restos de construcciones gigantescas de tipo ciclópeo, consistentes en plataformas o ahu en número de doscientas. Murallas construídas con grandes bloques perfectamente trabajados como muchos muros de las construcciones precolombianas de Bolivia y Perú. Tres caminos magníficos pavimentados con lozas simétricas, caminos que se hunden en el mar dándonos la idea de que ha sido una isla mucho mayor que se ha ido hundiendo en las aguas.

Creemos que hay imposibilidad técnica para que una población tan reducida sin más medios que instrumentos de piedras haya podido realizar obras tan gigantescas.

La Isla de Tahití, a una distancia mucho mayor de 1.000 leguas de la costa de Chile, fué visitada por Cook en 1779, quien hizo campamento en ella por varios meses y pudo estudiarla detenidamente en su primer viaje alrededor del mundo, donde puso un observatorio para el estudio del paso de Venus. De los usos y costumbres de este pueblo ha dejado un estudio muy completo. De los datos aportados por él sobre las costumbres de aquellos pueblos primitivos y de los del viajero francés La Perouse sobre la

Isla de Pascua, hemos sacado la información que nos permite darle significado análogo a los descubrimientos arqueológicos realizados hace varios años en las localidades anteriormente indicadas. Ya a Cook, mejor dicho a Banck el compañero de Cook, le había llamado la atención muchas circunstancias que le hacían sospechar que las Islas de Tahití fueron restos de un continente sumergido, y así lo expresa claramente en la página 189 del Volumen Primero de la Descripción del Primer Viaje alrededor del Mundo. Posteriormente, muchos investigadores han sostenido la idea de un continente o continentes pacíficos sumergidos hasta en épocas geológicamente cercanas. Haeckel, Wallace, Brown, Sclater, Huxley, han creído en una Atlántida del Pacífico: la Lemuria.

Carl Burckhardt, dice que por el estudio de la distribución geográfica de los animales y plantas vivas y fósiles en las comarcas australes, varios autores han supuesto la antigua unión de tierra que hoy están separadas por grandes extensiones oceánicas.

Hooeker, Francisco P. Moreno, Huton, Ameghino, Hiering, como corolario de sus investigaciones zoológicas, zoogeográficas y paleontológicas formularon la hipótesis que un continente pacífico ocupó en otro tiempo la parte austral del Océano Pacífico actual, uniendo la América del Sur con Nueva Guinea, Nueva Zelandia y Australia en épocas distintas.

Huton coloca su continente pacífico en el Cretáceo. Ameghino en el Triásico. Hiering en todo el Mesozoico.

Según las investigaciones de Burckhardt, el estudio geológico de la Cordillera argentino-chilena entre los 32 y 39 grados de latitud Sur le ha dado pruebas nuevas en favor de un antiguo continente pacífico, pruebas puramente geológicas de gran valor que deben agregarse a los hechos zoo-fito-geográficas y paleontológicos.

La posibilidad de una mayor extensión emergida en otras épocas como la casi seguridad de que la Isla de Pascua no es otra cosa que una pequeña parte de una gran isla del pasado, abre la posibilidad de mayores relaciones entre esas remotas tierras del Pacífico y el Continente americano. La actual expedición francesa que dirigirá Metraux actualmente en viaje a aquella isla po-

dría aclarar muchos de esos puntos oscuros con algunas investigaciones oceanográficas.

Antiguos viajeros como Bougainville, comprobaron las condiciones de navegante que tenían aquellos pueblos así como el conocimiento de los datos astronómicos necesarios para guiarse en la navegación entre las muchas islas del Mar Pacífico valiéndose como medio de transporte de sus canoas insumergibles con balancines. También entre nosotros, en Córdoba precisamente, se encontró comprobaciones de un conocimiento astronómico que nos resulta de muy difícil explicación sino provinieran en su origen de un pueblo de navegantes. A muchas de las pictografías nuestras se las ha interpretado como mapas celestes y una de ellas, la de la gruta pintada del Cerro Colorado de Córdoba, Dep. Río Seco, es de tan fácil interpretación que se superpone con exactitud sobre el mapa fotográfico del cielo cordobés en la media noche del equinoccio de Septiembre. Es uno de los varios hechos que nos hace pensar que nuestros primeros pobladores o que por lo menos cierto grupo de pobladores del centro y oeste argentino, ha tenido su origen en inmigraciones de un pueblo primitivo navegante que se ha visto obligado, por razones de su origen insular y la necesidad de cruzar grandes distancias, de adquirir un conocimiento astronómico cuya necesidad no se ve en un pueblo mediterráneo.

Bougainville, viajero francés que también estuvo en Tahití y de donde se llevó hasta París a un nativo de nombre Aoturu como guía para la navegación, dice que éste reveló grandes conocimientos geográficos de vecindad y conocimientos astronómicos. Cook entre las numerosas costumbres que refiere de los habitantes de Tahití señala el casamiento entre hermanos de los miembros de la familia real en la misma forma que es conocido realizan los Incas del Perú. Es de conocimiento general que el Inca Manco Capac, fundador del Imperio de Tahuantisuyu era casado con su hermana Mama Oello, como ciertos grupos que han poblado la actual República Argentina, los habitantes de las islas de la Sociedad o de Tahití, hombres y mujeres se depilaban las axilas.

Otra costumbre era la de hacer sus comidas en fogón especial excavado en el suelo, práctica que aún se sigue realizando entre nosotros, habiendo pasado de los indígenas a los pobladores es-

pañoles y se conserva aún entre nuestros criollos con el nombre de “**asado a la guatia**”, en la provincia de San Luis, de Tucumán, La Rioja, Salta y aún en Córdoba.

Como tiene verdadera importancia la descripción de Cook la transcribimos textualmente. Refiriéndose a la vista de Oberea mujer principal de la isla, casada con el Rey y separada por mutuo consentimiento, Tomo 1º. página 165: “Al día siguiente por la mañana temprano volvió al fuerte con su canoa y con todo lo que ésta contenía, poniéndose enteramente a nuestro arbitrio con una magnanimidad que nos produjo gran admiración y maravilla. Como prendas inequívocas de reconciliación nos ofreció un cerdo y otras varias cosas, entre las que había un perro. Habíamos sabido nosotros poco tiempo antes que los indios aprecian estos animales como manjar más delicado que el cerdo, y en esta ocasión decidimos hacer la experiencia. El perro, que estaba muy gordo, fué entregado a Tupia, que actuó de carnicero y cocinero. Lo mató apretándole con las manos la boca y la nariz por espacio de un cuarto de hora. En tanto que esto se efectuaba, abrióse un agujero en el suelo, en el que se encendió lumbre y se dispusieron varias capas alternadas de piedras pequeñas y leña; tostóse el perro suspendiéndolo sobre el fuego, y raspando su cuerpo con una concha que le dejó tan limpio de pelo como si se le hubiera escalado en agua caliente. Abriósele después con el mismo instrumento, y sacándole las entrañas, fueron llevadas al mar para lavarlas cuidadosamente, y se las depositó, con la sangre, en cuencos de cocq. Cuando estuvo el agujero suficientemente caldeado, se sacó la lumbre y algunas piedras cuyo calor no era bastante para chamuscar lo que tocaban, que fueron colocadas en el fondo cubiertas de hojas verdes; depositóse entonces sobre ellas el perro y las entrañas, y poniendo otras hojas encima, y sobre éstas las demás piedras calientes, obturóse el agujero con rescoldos y cenizas. Al cabo de cuatro horas escasas, se abrió de nuevo y se sacó el perro perfectamente asado, y todos convinimos en que era un plato exquisito. Los perro que aquí se crían para comer no se alimentan con carne, sino con fruta de pan, cocos, batatas y otros vegetales de análoga especie. Todas las carnes y pescados que comen los indios se guisan de la misma manera”.

Se asan a la guatia en las provincias que hemos indicado: ca-

bras, corderos, cerdos, pescados en las provincias que la tienen como Tucumán y Salta, y hasta vacas, en una forma completamente similar.

La Perouse refiriéndose a la manera de preparar sus alimentos los habitantes de la Isla de Pascua, dice lo siguiente: “pero hacen cocer sus alimentos de la misma manera que en las islas de La Sociedad (Tahití), haciendo un hoyo en el suelo y cubriendo sus batatas con piedras calientes y carbones mezclados con tierra de suerte que todo lo que comen está cocinado como en un horno.

Una forma tan especial de preparar los alimentos fuera de los que se mantienen como supervivencia de las viejas costumbres pre-colombianas no se encuentran en otros pueblos de la tierra que en aquellas islas oceánicas.

Que esta forma de preparar los alimentos es de origen muy remoto y se practicaba en América desde miles de años, es lo que se prueba con los hallazgos realizados en el año 1915 en el lugar llamado Represa del Carmen, departamento Belgrano, Provincia de San Luis; en el lugar de La Rinconada del mismo departamento y en la Cumbre, departamento Punilla, Provincia de Córdoba.

Repetimos que pocas eran las noticias publicadas hasta el año 1915 sobre yacimientos arqueológicos en el centro argentino ya casi, podríamos decir, que San Luis y Córdoba eran entonces un campo virgen a la exploración de los investigadores. Entonces Outes había resumido todas. W. Gez en su historia de la provincia de San Luis había dado algunas noticias y nosotros en el Congreso de Ciencias de Tucumán habíamos hecho conocer un trabajo sobre una pieza de las barrancas al Sud de la Ciudad de San Luis, y en la Sociedad de Ciencias Naturales de Córdoba presentamos un comunicado sobre el campamento pre-histórico de Represa del Carmen en el cual señalamos por primera vez el tipo de *fogones marmitas* representados abundantemente en dicho paradero, fogones del tipo señalado por Cook, por Baugainville y La Perouse en las islas del mar del Sur a que nos hemos referido anteriormente y confundidos por los pobladores y acaso por algunos investigadores con tinajas enterradas.

El mismo tipo de fogones lo encontramos en el lugar llamado “La Rinconada”, como hemos dicho anteriormente. En esa comunicación hicimos constar que las urnas funerarias que Gez señala

en "El Balde", deben ser fogones del mismo tipo. Hicimos conocer en esa oportunidad que dichos fogones estaban en pleno terreno pampeano, descubierto por la erosión de las aguas pluviales y que diez años antes en el mismo lugar fueron encontrados en terrenos geológicamente actual, objetos de industria neolítica o de piedra pulida muy perfeccionados y que en una barranca vecina a las actuales se encontró una coraza de los grandes armadillos fósiles cuya especie no se determinó entonces. En la misma comunicación hicimos conocer los hallazgos en "La Cumbre", estación del Ferro Carril Argentino del Norte. A diez cuadras de la estación a la derecha del camino que va a La Falda hay unas zanjas en cuyas barrancas se ven las formaciones recientes con su capa de tierra vegetal y otra que por el aspecto juzgamos pampeana superior. Buscamos entonces fósiles para su identificación geológica y sólo encontramos fragmentos de imposible determinación. El ilustre conocedor del pasado cordobés, Doctor Pablo Cabrera me dijo entonces que se encontraron en las mismas barrancas coraza de los grandes armadillos fósiles. Por todo esto podemos considerar ese terreno como anterior a la formación geológicamente actual o ariana. En el lecho de la zanja, en un montículo formado por loess pampeano hemos encontrado un fogón marmita, con los mismos caracteres de los descubiertos en San Luis. La erosión de las aguas pluviales lo había destruído en parte por el lado correspondiente a la margen derecha del arroyuelo arrasando el contenido de carbón y ceniza. Su forma era oval, con el gran eje en dirección norte-sud de un metro, más o menos, de diámetro mayor. El piso y paredes quemadas se distinguen perfectamente del loess que no había sufrido la acción del fuego no solo por su color rojo sino por su mayor consistencia. Cubierta la abertura superior por la tierra pampeana las paredes presentabanse abovedadas en la misma forma que las del campamento prehistórico de Represa del Carmen, (San Luis). Cerca del fogón, en el mismo terreno, encontramos una pieza de ocho centímetros, cuatro de largo por dos centímetros de ancho, hecha con un fragmento de diáfisis de un hueso largo en completo estado de fosilización. Llama la atención que uno de sus extremos tiene la forma de "V" invertida formando una punta robusta como si hubiera sido un instrumento punzante, flecha, por ejemplo. El ex



tremo opuesto indica una fractura anterior a su entierro. En la cara perióstica presenta señales de haber sido fijado fuertemente a un mango o astil por cuerdas que se cruzaban en "x". La forma de la pieza revela una labor intencional indudable.

Los fogones de este tipo han sido considerados como vestigios de árboles quemados, tinajas hechas "in situ" para guardar agua, tinajas enterradas o urnas funerarias y nunca con el valor que parecen tener en realidad. Han sido consideradas como tinajas porque cuando la erosión se hace por la parte superior aparecen como círculo rojo en el suelo lo que hace suponer las bocas de tinajas enterradas. A esta suposición generalizada acaso deban sus nombres muchos lugares de la República, en Catamarca, La Rioja y Santiago del Estero que tienen lugares designados con el nombre de "Las Tinajas" que no figuran en el diccionario geográfico argentino de Latzina y según datos que tengo de personas que los conocen se deben precisamente a la existencia de tinajas como las de San Luis y La Cumbre, designación popular mal dada, como veremos más adelante. Igual origen deben tener los muchos lugares que se designan Botijas o Las Botijas.

Que son vestigios de árboles quemados es una explicación de los fogones marmitas. La hemos recogido de labios de un viejo paisano, vecino de la "Rinconada" lugar del departamento Belgrano, provincia de San Luis, situada a 60 kilómetros del noroeste de la capital. Precisamente en los alrededores de su casa encontré varios, a uno de los cuales quité la tierra que lo llenaba encontrando a 20 centímetros de profundidad como en la "Represa del Carmen", cenizas y carbón vegetal. El paisano me dijo que eso era el resultado de la quema de los grandes árboles en los incendios de bosques que cubren aquella región. Conozco, por observación directa, bosques incendiados en la misma zona, árboles de madera dura, pero el fuego se apaga al nivel del suelo o más arriba y nunca he observado el círculo rojo como de ladrillo, señal de una calcinación prolongada. Si esta suposición popular fuera cierta, se encontrarían dentro trozos de carbón y el que hemos encontrado es de ramas delgadas, hecho raro en un lugar que hoy presenta abundancia de árboles de gran tamaño y madera dura como el algarrobo, el quebracho blanco, el calden, el espinillo, el retamo y otros. A más de abundancia de jarillas que si

nunca alcanza gran desarrollo presenta tallos más gruesos que los más gruesos carbones encontrados dentro de los fogones marmittas de la Represa del Carmen y La Rinconada.

Hemos encontrado fogones en San Luis de 90 centímetros de diámetro y en la región no es fácil dar con un árbol de tal corpulencia, no siendo el sauce llorón que crece a orillas de las represas alcanzando gran desarrollo.

El abovedamiento de las paredes y la escasa profundidad, medio metro, más o menos, quitan completamente todo valor a esa explicación popular.

Refiriéndonos a San Luis, posiblemente los bosques actuales son posteriores a los fogones, de ahí que no se encuentren trozos de carbón y de ahí la preocupación de hacerlos en esa forma como para facilitar la conservación del fuego tanto más necesaria entonces si el combustible escaseaba. Esta misma observación se puede aplicar a la Isla de Pascua en donde actualmente la vegetación es escasa. Con los bosques actuales que hay en el Departamento Belgrano esa preocupación hubiera sido innecesaria utilizando los árboles secos que abundan en la zona.

**Cisternas hechas "in situ" para guardar agua.** — Tal es la opinión que oí al señor De Carles del Museo Nacional de Buenos Aires.

La porosidad de sus paredes, mayor que la del ladrillo, hace imposible ese destino sin un barniz impermeable aplicado exterior o interiormente. Exteriormente no es posible porque las paredes se confunden con el terreno circundante como que son el resultado de la calcinación por el fuego encendido dentro del hoyo o agujero primitivo. Interiormente tampoco hay vestigio de barniz. Se podría objetar que ese barniz puede ser grasa animal o resina de ciertos árboles que desapareció sin dejar vestigio pero en ese caso lo inexplicable sería lo que existe realmente, la ceniza y el carbón como contenido casi único de esta supuesta cisterna. A más si realmente fueran cisternas para guardar agua, no se ve la conveniencia de hacerlas "in situ" de tan poca capacidad y agruparlas en gran número como en el campamento prehistórico de Represa del Carmen.

**Urnas funerarias enterradas.** — Las urnas funerarias que conocemos de otras partes del territorio argentino, Jujuy, Salta, Tucumán, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Santa Fe, Corrientes, son la expresión de una cerámica bastante desarrollada mientras que las vulgarmente llamadas tinajas son producidas “in situ” por la prolongada acción del fuego dentro de un pozo abovedado a la manera como se calcinan las paredes de los hornitos de amasar que los pobladores rurales de Córdoba y San Luis excavan en las barrancas. Es posible que para homogeneizar algunos las paredes se humedecieran antes de encender al fuego. La verdad es que la estructura de los fragmentos examinados es gruesa, aún más que la del ladrillo ordinario que siempre exige una preparación antes de quemarlo y se presentan como la tierra calcinada de los fogones.

El espesor de las paredes aumenta considerablemente a medida que se aproxima al fondo, revelando que la acción ígnea ha sido más intensa en esa parte por la proximidad del foco de combustión.

El límite exterior no es bien neto como sería si realmente estuviera hecho fuera del terreno.

Cerca de la ciudad de San Luis, en el lugar conocido con el nombre de Pozo del Molle, dice Gez, “se ven aún muchas bocas de tinajas a flor de tierra, distribuidos en grupo, con cierta simetría”. “Con mucho cuidado procuré descubrir algunas, pero se deshacían en cuanto se las separaba de la tierra salitrosa que las rodea y apenas si pude recoger algunos fragmentos pequeños de barro cocido. Dentro de estas tinajas o urnas funerarias encontré partículas de carbón vegetal y cenizas mezcladas con arena. A juzgar por el número y teniendo en cuenta que cada urna debió servir para depositar las cenizas de un jefe, persona principal o familia pudiente de la tribu debió haber existido allí un núcleo importante de la población michilingue”.

He querido transcribir los párrafos de Gez, para que el auditorio juzgue la similitud entre las tinajas de Pozo del Molle y los fogones pre-históricos de Represa del Carmen, La Rinconada y La Cumbre.

No tenemos noticias que en la región de Cuyo se haya practicado la cremación de cadáveres, frecuente en Méjico y Centro

América, realizada por algunos pueblos del Oriente de la América meridional, mientras que los de la región andina se caracterizaron por el cuidado para conservar los cadáveres, siendo conocidas las prácticas de los quichuas, dominadoras del Perú, Bolivia, norte y oeste argentino, acaso hasta la provincia de San Luis inclusive y cuyas costumbres han debido influir sobre los pueblos autóctonos de esas regiones.

La exhumación de un esqueleto, realizada por el mismo Gez en Nogolí, en la misma provincia de San Luis es contraria a su propia interpretación de urnas funerarias para guardar cenizas humanas.

A diez kilómetros al sur de la ciudad de San Luis en campos de Guiñazú en una barranca de un metro ochenta centímetros de altura a 1.300 metros al oeste del paraje llamado "Puesto Nuevo" encontré un esqueleto muy mal conservado que yacía aparentemente sentado a un metro sesenta centímetros de profundidad. La capa superior de tierra vegetal de cincuenta centímetros era continua, circunstancia que elimina la suposición de un entierro moderno.

En el lugar llamado "Bajo del Medio" a 10 kilómetros más o menos al sur de la "Represa del Carmen" fué encontrado otro esqueleto verosimilmente de los antiguos pobladores.

Estos son datos positivos que no autorizan la suposición que la cremación de cadáveres fuera practicada por los habitantes precolombianos de San Luis.

Por esta razón y las anteriormente expuestas podemos considerar errónea la interpretación como urnas funerarias destinadas a guardar cenizas de los muertos.

Los iroqueses excavan hornillos análogos para quemar sus utensilios de barro. Acaso tuvieron ese uso, pero la escasez de restos de cerámica, solamente en la Represa del Carmen hemos encontrado dentro del límite del campamento, nos hace suponer que si tuvieron ese uso fué accidental. Esta escasez o falta de cerámica corrobora un origen polinesio, pueblos que se han caracterizado por desconocer esa industria, a excepción de los habitantes de la isla de Pascua. La explicación más racional es considerarlos como fogones de un tipo no descripto hasta entonces, para facilitar la conservación del fuego y el mejor aprovechamiento del

calor para fines culinarios especialmente, fogones marmitas en una palabra, como los mencionados y descriptos por los viajeros Cook, Bugainville y La Perouse en la isla de Pascua y en las islas de la Sociedad (Tahiti).

En aquel etnonees conversé con el ilustre presidente de la Academia Nacional de Ciencias, Dr. Adolfo Doering quien estuvo de acuerdo con mi opinión y me dijo que el fogón encontrado en el corte del ferrocarril a Malagueño en pleno pampeano era del mismo tipo que el que describimos y que conservaba su dibujo que esperaba publicar en breve. Siendo una opinión tan autorizada el caso tiene gran importancia porque podemos fijar con seguridad la existencia de una tribu pampeana de costumbres particulares en la zona del Sistema orográfico central por lo menos y presumir que acaso su radio de dispersión llegaba hasta los lugares hoy designados de "Las Tinajas" y "Botijas", que seguramente no serán los límites extremos de su dispersión geográfica.

Posteriormente en 1928, Greslebin y Vignati, han conocido y publicado trabajos sobre las llamadas tinajas. Vignati las considera hornos para el cocimiento de carne.

Laperouse, señala que en Pascua asaban sus batatas como en Tahiti, vale decir, que serían para cocer alimentos en general.

\*

\* \*

El problema del origen del hombre americano es siempre apasionante.

Ya no estamos conforme con la afirmación de Mitre en su antigua monografía sobre Tiahuanaco de que su solución está en América, cual si fuera autóctono. En este momento lo que se llamó raza americana debe ser considerado como el resultado de la mestización de elementos de variadas procedencias.

También puede afirmarse que las pirámides de Méjico no tienen su origen en Egipto como cree Devigne el autor de L'Atlantide, al travez del sumergido continente del Océano Oriental de las Américas ni acaso de la última Atlántida de Rafael Requena, supuesta cuna del género humano.

Todo hace creer que ellas han venido de los Atlantes del mar occidental de cuya existencia son testigos las islas volcánicas del Pacífico, de Pascua y Tahití.

Acumular materiales que aclaren el oscuro pasado precolombiano debe ser el propósito de todo investigador.

El hacer conocer estos hallazgos es contribuir a ese propósito. Día vendrá en que el material acumulado será suficiente para dar la clave de su origen fuera de la fantasía que por tanto tiempo ha reinado soberana.